

# Ciudad oblicua

Aproximaciones a temas e intérpretes  
de la entreguerra **rosarina**



**PROGRAMA**  
INTERUNIVERSITARIO  
de  
**HISTORIA POLÍTICA**

Sandra Fernández (com  
Oscar Videla pilad  
ores)

**Sandra Fernández**

**Oscar Videla**

**-compiladores-**

**CIUDAD OBLICUA**

**Aproximaciones a temas e intérpretes  
de la entreguerra rosarina**

La Quinta Pata & Camino Ediciones

2008

## Sobre el sentido de lo social: asociacionismo y sociabilidad Un breve balance

PAULA CALDO  
SANDRA FERNÁNDEZ

**E**n los últimos años el alcance suscitado en la utilización de la categoría sociabilidad dentro de la historiografía, en especial la de cuño latinoamericano, hizo propicio la aparición de balances en torno a los usos historiográficos de este polisémico término.

La amplitud registrada tiene por lo menos tres décadas de desarrollo desde el impulso otorgado por la historiografía europea, fundamentalmente francesa. Los tópicos tratados desde los análisis propios de la sociedad de Antiguo Régimen hasta los más contemporáneos dedicados a la conformación de los diferentes espacios de sociabilidad barrial o política, transitan tanto la sociabilidad típica de la nobleza o de las clases dominantes como la sociabilidad obrera, militante y/o resistente. Se la trató además desde los aspectos teóricos y desde los abordajes empíricos; también se la separó, se la confundió y se la banalizó.

Es decir, a medida que proliferaban trabajos alusivos a la *sociabilidad* en registros temporales y espaciales diversos, en paralelo se fortalecía la trivialización teórica, conceptual y metodológica. Utilizada desde el sentido común; confundida con la categoría asociacionismo; o a partir de una mezcla teórica muchas veces indigesta; la *sociabilidad* se tornaba un concepto comodín, un engendro con cuerpo de gigante y pies de pigmeo, blanco de recurrentes críticas y finalmente de difícil definición (Navarro, 2006; Guerreña, 2006; Canal, 1997).

Así, el sugerente espacio que la categoría *sociabilidad* ha ido adquiriendo en la agenda historiográfica no deja de tener sus áreas sinuosas, confusas y tensas. La *sociabilidad*, lejos de presentar una textura monocorde y cerrada, se constituye con un perfil bifronte. Esto es, mientras que uno de sus costados la muestra como *objeto de estudio*, el otro la posiciona como una *herramienta metodológica*, una categoría útil para el análisis histórico.

En tal sentido, Javier Navarro,<sup>1</sup> dispuesto a diseñar una genealogía ilustrativa del proceso de vinculación de la *sociabilidad* con el campo historiográfico, dirá: “La primera dificultad para su empleo es la doble condición a la que alude. Por un lado, como noción con un origen histórico –categoría normativa empleada por

actores del pasado—por otro, la utilización que, en el siglo XX, se hace del término como categoría teórica de las ciencias sociales” (2006: 100).

Las referencias iniciales a la expresión *sociabilidad*, entendida como la arista de la condición humana representativa de los vínculos relacionales entre los sujetos, estuvieron referidas en tanto patrimonio exclusivo de un sector social: la nobleza. Numerosas investigaciones reconstruyeron las prácticas, conceptos y espacios que la *sociabilidad* fue conquistando en el seno de tal estamento durante los siglos XVII y XVIII. Tales formas colectivas dieron origen a la *sociabilidad mundana*, propia de los actores que, de espaldas a la corte y con la vista dispuesta a contemplar el mundo, acompañaran los últimos suspiros del apogeo histórico de la nobleza.

De este modo, la expresión *sociabilidad/sociabilité* que, en la segunda mitad del siglo XVII había sido un neologismo, ya en el siglo XVIII se ocupó por delimitar un atributo propio de la “gente civilizada”, naturalmente connotada; pero a la par designó una práctica inherente al vínculo de lo social. El pensamiento ilustrado sustrajo las características de la sociabilidad mundana de los recintos de la nobleza y las posicionó como atributo de la civilidad en general, por lo tanto desde allí se piensa en un colectivo; pero además continuó nombrando pequeños grupos de personas que sólo se frecuentan entre sí.

Hasta aquí la *sociabilidad* puede delimitarse como aquel conjunto de prácticas de convivialidad que caracterizaron a ciertas sociedades del pasado. Sin embargo, los abordajes actuales en torno a la sociabilidad tienden a explicar la naturaleza eminentemente social que fundamenta aquellas prácticas. Justamente, en el campo de las ciencias sociales se evidencia la urgencia que remite a convertir a la sociabilidad en una categoría de análisis. En este punto, debemos entender a la sociabilidad como un concepto capaz de revelar prácticas y nudos problemáticos en el campo historiográfico pero también sociológico, antropológico, pedagógico, etcétera. Sin dudas, como categoría, la nuestra camina entre los bordes de las Ciencias Sociales. Como lo afirma Maurice Agulhon (1994), se trata de una cuestión que, para lograr la plenitud interpretativa, no debe ser privada de una lectura interdisciplinaria.

Sociedad, *sociabilidad*, asociacionismo, son expresiones que se involucran mutuamente sin llegar a ser sinónimos. Empero, todas encuentran su matriz común en la *sociedad* y por ende, en la Ciencia Social que las lleva en el nombre, la Sociología.

Desde el siglo XIX en adelante, los estudios sociológicos abordaron el problema de la socialización, las relaciones sociales, la acción social y las formas de sociabilidad propias de las sociedades contemporáneas. En este sentido, podemos citar los trabajos de Georg Simmel pero también de Goffman, Gurvitch, Cooley

y del propio Weber. Referencias bibliográficas que, pese a estar instituidos como clásicos, hoy en día salpican las páginas de las investigaciones historiográficas en torno al problema de la sociabilidad.

Javier Escalera (2000) no se priva de revisar e indicar algunos señalamientos acerca de la herencia sociológica que gravita sobre nuestro concepto. Hallar a Georg Simmel ocupando el lugar de la referencia obligada en materia de *sociabilidad*, implica correr el riesgo de caer en un concepto esquematizador. Para Simmel tal concepto vendría a poner de manifiesto la tendencia que por naturaleza tienen los seres humanos a vivir en relación. Que la definición reside en decisiones voluntarias que por naturaleza motivan a los varones y mujeres a agruparse, implica una lectura individualista y voluntarista del mismo. Por lo tanto, Escalera instala el llamado de alerta e invita a pensar la naturaleza sociocultural que mueve los hilos de la sociabilidad. Entonces, cuando apremia delimitar los sentidos que yacen tras el concepto de sociabilidad, Escalera acude a Maurice Agulhon, gesto de referencia de la comunidad historiográfica en su conjunto. Por ejemplo, el número 29 de *Historia Social* destina un dossier en homenaje al historiador francés bajo el título "Sociabilidad. En torno a Maurice Agulhon", y en aquellas mismas páginas Jordi Canal expresa: "La sociabilidad, un concepto proveniente de los estudios sociológicos, ingresó de lleno entre fines de los años sesenta y la década siguiente, de la mano de Maurice Agulhon, en el territorio de la historia" (1997: 61).

Partiendo de un punto de referencia ineludible como es la obra de Maurice Agulhon, se buscó ordenar una perspectiva que desbordaba en estudios que iban desde las formas de una sociabilidad institucionalizada, en muchos casos instrumentada por el Estado liberal hasta las formas prerrevolucionarias de vinculación social.

En el año 1966 apareció la primera edición de *La sociabilité méridionale*, el primero de sus libros dedicado al tratamiento de la *sociabilidad* provenzal. En aquel momento, Agulhon estaba abriendo la brecha por la cual correrían y a la que acudirían los posteriores estudios que versaron y versan alrededor de esta temática. Por entonces, las principales preguntas estaban dirigidas al estudio de la *sociabilidad* francesa en el período de transición que pondría punto final al Antiguo Régimen y abriría paso a la sociedad burguesa. Esta ubicación espacio-temporal no obstó que, tanto el mismo Agulhon como muchos de sus continuadores, hicieran trascender la problemática rumbo a otras latitudes como así también la hicieran avanzar y retroceder en el tiempo.

Agulhon indicó un atajo conceptual innovador por donde acceder y enriquecer con nuevas luces tanto la historia social como la política. Así, a medida que pasaba el tiempo y su producción crecía no se privó de poner en diálogo el plano

teórico con el empírico para reforzar y reconfigurar su conceptualización original.

Desde Agulhon, la sociabilidad refiere a los sistemas de relaciones cuya naturaleza, nivel de sujeción de los miembros, número de integrantes, estabilidad no se hallan estrictamente pautadas, pero que provocan la vinculación y la gestación de sentimientos de pertenencia-solidaridad entre los integrantes. Así, el concepto se iba a distinguir por la amplitud y la ambigüedad haciendo coincidir en él, tanto las experiencias de sociabilidad recreadas en asociaciones formales –con estatutos, comisiones directivas, locales fijos de reunión, etcétera– como así también situaciones de agrupamiento informal como los cafés, las tabernas, los paseos públicos, etc. Las críticas que este concepto fue cosechando sirvieron para que su autor lo reformulara y remitiera exclusivamente a las *asociaciones* como: “formes de sociabilité spécifiques” (Navarro, 2006: 104).

Tales aproximaciones e incluso redefiniciones quedan reflejadas en el libro de Maurice Agulhon *Historia Vagabunda*, publicado por primera vez en 1988 y traducido al español en 1994. Un texto que, como lo indica su título, en cada uno de sus capítulos recorre un abanico de temas. El libro, lejos de seguir un hilo problemático, resulta ser la compilación de distintos artículos acerca de diferentes temas abordados por el historiador a lo largo de su carrera. En aquel deambular, el primer sitio que atrae y detiene el merodeo de la *historia vagabunda* es justamente el de las *sociabilidades*.

Ahora bien, la *historia vagabunda* nos muestra un Agulhon ya no preocupado por la *sociabilidad* de los sectores burgueses sino por la propia de los sectores populares. Esta nueva decisión lo enfrentó con el problema de los archivos. Si en sus primeras producciones había encontrado una profusión de documentación, ahora la situación se invertía, viéndose obligado a recurrir a fuentes de otra naturaleza, entre ellas, las etnológicas.

En primer lugar, corrió la mirada desde los sectores acomodados de la sociedad hacia los populares. Sin dudas, Agulhon entendía que el trabajo antropológico opera en clave atemporal y estructural. Justamente, en esta doble condición reside la virtud pero también el desborde de la antropología. Es decir, si bien el análisis sincrónico aporta un conocimiento minucioso sobre los detalles y relaciones de una cultura determinada, adolece de recursos analíticos para interpretar los momentos que marcan cambios. Esta sentencia puede ser ejemplificada con ciertas afirmaciones apresuradas que comete la antropología y que Agulhon no se priva de señalar.

Pero en *Historia Vagabunda* Agulhon además de insistir en el estudio de las formas de *sociabilidad* de los obreros, redobla la apuesta teórica y se aventura a esbozar un concepto. Entonces dirá: “El tema de estudio propuesto es la sociabi-

lidad, entendida como la aptitud de vivir en grupos y consolidar los grupos mediante la constitución de asociaciones voluntarias” (1994: 55). Siete años después de haber explicado que la sociabilidad refería a un *sistema de relaciones*, ahora lo hace entendiéndola como una *aptitud humana* que provoca la asociación voluntaria. Sin dudas, no es igual estudiar la sociabilidad entendiéndola como un sistema de relaciones que como una aptitud de vivir en grupos. Mientras que, en el primer caso, priva la estructura, en el segundo lo hacen los sujetos colectivos. Entonces, las preguntas y las fuentes donde auscultar la problemática son redefinidas en un sustancial acercamiento a la etnología.

Empero, el mismo Agulhon reconoce que:

“Sin embargo existen diferencias entre la sociabilidad de las clases superiores y la de la clase obrera —o popular en general. No existe asociación, ya sea informal (simple reunión de parroquianos) o formal (con estatutos o reglas escritas), sin que exista un lugar de reunión estable. Ese lugar es un bien material, un capital. Para el rico la dificultad no es grande. La sociabilidad informal transcurre en los salones de las residencias aristocráticas o burguesas. La asociación formal de los varones transcurre en el salón comprado o alquilado para tal fin. En cambio, el obrero es pobre y vive en la estrechez. El estudio de la sociabilidad obrera corresponde que nos preguntemos antes dónde se ejercía” (1994: 56-57).

La extensa cita nos permite vislumbrar algunas de las principales líneas que atraviesan la problemática de la *sociabilidad*. En primer lugar, los actores puestos en acción en los juegos de la *sociabilidad*, son sujetos colectivos que se agrupan de acuerdo con su clase, trabajos, necesidades e intereses. Si bien la tendencia asociativa es inherente a los seres humanos no todos disponen de los mismos recursos para materializar aquellos sitios de encuentros. El espacio donde llevar a cabo la reunión resulta sustancial e indicador del nombre y de las prácticas a ser realizadas. Como Agulhon lo dispone, la diferencia entre la sociabilidad de los burgueses y la de los obreros es material, mientras los primeros disponen de los recursos para comprar o alquilar, los otros deben inflamar la imaginación para construir puntos de encuentro en lugares tan dispares como accesibles, un parque, el taller, la taberna o la habitación.

Entender a las *sociabilidades* en plural, no es sólo una consecuencia de las diferentes prácticas y los diversos actores sociales que la movilizan, sino de una división más sutil que el mismo Agulhon reconoce. Se trata de la *sociabilidad formal* y de la *informal*. Cuando nuestro historiador afirma que la sociabilidad

refiere a la aptitud que lleva a los sujetos a agruparse de manera voluntaria en asociaciones, sin dudas esta estrechando el vínculo entre sociabilidad y asociacionismo. Vínculo que se estrecha y se concentra al diferenciar con claridad tanto los niveles de formalidad/informalidad de las prácticas como el carácter claramente institucionalizado de tales relaciones.

De ahí las vaguedades que muchas veces se instalan al disociar los análisis entre sociabilidad y asociacionismo. Si bien diferentes, ambas permiten avanzar sobre estudios alrededor de lo social que arrojan luz sobre aspectos no sólo inexplorados, sino muchas veces opacados a partir de abordajes excesivamente montados sobre lecturas institucionalistas de las formas asociativas de las sociedades contemporáneas.

En sí, las prácticas asociativas institucionalizadas contribuyen a la formación de los valores propios del liberalismo político —en particular el nacionalismo y una visión del mundo según la cual la sociedad puede ser construida por la voluntad colectiva. Desde esta perspectiva, el proceso histórico que desemboca en entidades orientadas por la coalición y la representación de intereses particulares —fundamentalmente materiales— compartidos y formalmente acordados, es visto como un ideal de progreso. La institucionalización de las asociaciones tenía directamente que ver con que el Estado asumiera la vigencia de los derechos civiles y de las libertades de reunión, de opinión y de prensa, y de esta manera regulara legalmente estas formas de constitución social ciudadana. Por ello, también la reunión voluntaria podía estar formalizada al consolidarse lazos de cohesión que permitieran a un grupo mantenerse en el tiempo e intervenir socialmente sin que por ello buscaran o recibieran reconocimiento en términos de legalidad institucional.

Al pensar las nociones de sociabilidad y de asociacionismo en la dinámica propia de un tiempo y de un espacio particular, aquellas van cobrando connotaciones singulares. En tal sentido, una primera aproximación teórica nos brinda los engranajes necesarios para abordar, en las páginas que prosiguen, algunas de las particularidades alcanzadas por las prácticas asociativas y de sociabilidad en el marco de la ciudad de Rosario en la entreguerras. Espacio por cierto sumamente rico para abordar tales análisis, en un tiempo donde las transformaciones sociales y políticas se aceleraban y es posible observar los cambios bajo un prisma que supera las interpretaciones propias de fines del siglo XIX.

## Notas

- <sup>1</sup> Aclaremos que el texto que Javier Navarro (2006) publicó en el Dossier de la revista *Saitabi* dialoga y cita permanentemente al artículo que Jordi Canal (1997) escribió para otro *dossier* con el que, en el año 1997, la revista *Historia Social* rindió homenaje a Maurice Agulhon. Por tal motivo y pese a que en nuestra introducción acordamos aludir preferentemente al dossier de *Saitabi* no nos privaremos de citar el artículo de Canal.